



## Entrevista a Estela Barnes de Carlotto

Presidenta de la Asociación de las Abuelas de Plaza de Mayo\*

*Estela Barnes de Carlotto es una activista argentina de los derechos humanos y presidenta de la asociación “Abuelas de la Plaza de Mayo”. Una de sus hijas, Laura Estela Carlotto, fue secuestrada, estando embarazada, a fines de 1977 en Buenos Aires. La asociación civil “Abuelas de Plaza de Mayo” fue fundada ese mismo año, con el objetivo de encontrar a niños secuestrados durante la dictadura, algunos de los cuales habían nacido de madres que habían desaparecido. Las Abuelas buscan a sus nietos y, al mismo tiempo, a los padres y madres de esos nietos. Estiman que son cerca de 500 los nietos secuestrados que fueron adoptados ilegalmente por otras familias.*

*En esta entrevista, se aborda el tema de las personas desaparecidas a la luz del costo humano para sus familiares, que no conocen el paradero de sus seres queridos ni lo que les ha sucedido. Teniendo en cuenta su amplio liderazgo en el activismo en favor de estas familias, Estela brinda su valiosa perspectiva sobre el papel que desempeñan los familiares en el desarrollo de mecanismos para buscar a personas desaparecidas.*

\*\*\*

\* Esta entrevista fue realizada el 30 de agosto de 2017 en Ginebra, Suiza, por Vincent Bernard, redactor jefe de la *International Review of the Red Cross*, y Ximena Londoño, asesora jurídica del Comité Internacional de la Cruz Roja.

***Usted ha sido la presidenta de la asociación “Abuelas de Plaza de Mayo” (un grupo de mujeres que se unieron en la década de 1970 para buscar a sus nietos desaparecidos) durante más de veinticinco años. ¿Cómo surgió esta asociación? ¿Cuáles son las actividades que las Abuelas realizan hoy?***

La asociación “Abuelas de Plaza de Mayo” nace como consecuencia de la nueva dictadura cívico-militar que comenzó el 24 de marzo de 1976. Digo “nueva” porque desde 1930, el año en que nací, ha habido en Argentina una serie de dictaduras, es decir, grupos civiles y militares que derrocaron a presidentes elegidos constitucionalmente y que tomaron control del país para imponer sus ideologías y proyectos, siempre ilícitamente. Sin embargo, en 1976, el caso fue distinto: el golpe se produjo cuando había todo un movimiento para independizarse y ser una patria grande, a nivel de toda Latinoamérica.

Nuestros hijos, que iban a la universidad e incluso a la secundaria, tenían una militancia y a menudo protestaban y formaban grupos. Nosotras, las madres, no entendíamos por qué nunca habíamos hecho algo así; nunca habíamos manifestado ningún desacuerdo y éramos pasivas. Mediante su activismo, nuestros hijos nos despertaron a la realidad de la situación. Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que los opositores a la dictadura (adultos y jóvenes de tan solo catorce y quince años de edad) eran secuestrados y asesinados. Nuestra generación ya no toleró quedarse de brazos cruzados, así que tomamos las calles. A medida que cada una de nosotras se daba cuenta de la situación y llegaba a la triste conclusión de que nuestros hijos no regresarían a casa y ya no volveríamos a saber de ellos, nos dimos cuenta de que teníamos que hacer algo. Y fue así que empezamos a movilizarnos. Un día, por ejemplo, le dije a mi marido: “Quedate en casa, que yo salgo”. Y salí a hablar con abogados, políticos y militares para averiguar dónde estaba mi hija, pero nadie me supo decir. Yo creía que ya la habían matado, pero en realidad estaba viva. Más tarde supimos que estuvo secuestrada nueve meses.

Cuando empecé la búsqueda, ya había un grupo de abuelas que se había formado unos meses antes en La Plata, donde vivo, después de la desaparición de un familiar. Me acerqué a este grupo y fui muy bien recibida. Me dijeron: “¡Qué suerte, una maestra!”. Nunca me arrepentí y, desde entonces, seguimos juntas. Lo sorprendente es que somos un grupo de mujeres muy heterogéneo, somos muy distintas. Pero no nos juntamos porque pensábamos lo mismo o porque queríamos fundar un club o jugar un campeonato. “¿A vos qué te pasó?”, preguntó una abuela a otra. “Secuestraron a mi hijo y nunca más volvió”, fue la respuesta. “El mío tampoco, pero mi hija...”, añadió otra abuela. “Entonces, ¿qué hacemos?”, se preguntaron en voz alta. “Bueno, mañana vamos a ver a un juez. Vamos a escribir una carta y a poner un aviso en el diario”. Primero fuimos dos, después tres, después cinco... Cada vez éramos más en la misma situación. Así surgió esta asociación, que oficialmente fundamos el 22 de octubre del 1977, es decir que estamos por cumplir cuarenta años.

Naturalmente, en ese momento, éramos mujeres desinformadas. Una era ama de casa, otra maestra, otra odontóloga, otra psicóloga... Había de todo. Nos tocó hacer de detectives. Buscar en la nada. Golpear puertas que nos cerraban.

Correr peligros. Y así nace esta ronda que se hace en la Plaza de Mayo. La dictadura había declarado el estado de sitio y prohibía a más de tres personas juntarse en cualquier lugar del país. Y nosotras nos juntábamos en la plaza a conversar. Cuando nos dijeron: “No pueden estar acá. Caminen, caminen”, ahí empieza la ronda. Es una ronda histórica. Y así es como comenzamos. Hemos estado aprendiendo, conociendo y usando el sentido común para seguir adelante. Siempre avanzando.

***Su hija Laura desapareció en 1977, cuando tenía más o menos tres meses de embarazo, y usted se pudo reunir con su nieto en 2014. ¿Cómo se sintió al ser abuela de un nieto que no conocía? ¿Cómo ha cambiado su vida desde que se reunió con su nieto?***

Junto con mis compañeras, las Abuelas, teníamos el mismo dolor y compartíamos la misma búsqueda, por lo que nos sentíamos muy acompañadas, muy comprendidas, muy solidarias unas con otras. Es decir, compartíamos un dolor enorme y queríamos resolverlo, no con lágrimas ni bajando los brazos, sino con una lucha sana, desde un amor muy grande hacia ese nieto o nieta que no conocíamos y ese hijo o hija que no volvió. Tal es así que, desde 1979 en adelante, fuimos encontrando los primeros nietos y, aunque no era el nieto propio, la alegría de la otra hermana, de la otra compañera, era nuestra propia alegría. Lo compartíamos, la acompañábamos, la aconsejábamos... En fin, formamos una familia a partir de esta búsqueda tan dura y tan desesperada. Lógicamente, una siempre soñaba con encontrar al nieto propio y buscaba junto con los otros nietos tener algún dato de dónde podía estar, si estaba lejos o cerca. Algunas abuelas hemos consultado, a veces absurdamente, a personas que adivinan el futuro, para ver si podían darnos algún dato. Ya no sabíamos a quién recurrir para saber algo más de lo que estábamos buscando todos los días.

Mientras tanto, íbamos construyendo una institución formal y seria, donde venían jóvenes por propia voluntad a preguntar si no serían los niños buscados. En ese entonces, ya existían el Banco de Datos Genéticos, que permitía su identificación, y nuestros equipos de investigación. Junto con mis compañeras, yo seguí buscando a mi nieto, pero no exclusivamente, pues no era mi caso el único importante, sino el caso de todas. Es así que cuando, el 5 de agosto de 2014, me llama una jueza de la Nación que ya había restituido a algunos de nuestros nietos, jamás pensé que lo que quería decirme era que había encontrado a mi nieto a través del Banco de Datos Genéticos. La sorpresa para mí fue enorme. La jueza fue muy cuidadosa en darme la noticia. Era una noticia muy fuerte. Sin embargo, me dijo: “Estela, tengo que darte una hermosa noticia: encontramos a tu nieto Guido”. También estaba ahí la directora del Banco de Datos Genéticos para corroborar el hecho. Mi alegría fue desbordante. Lo que me estaban diciendo me parecía algo todavía tan lejano de pensar. Me comuniqué con mis hijos, con mi familia y con mis compañeras. Fue un alboroto enorme, no solamente en la institución, sino en la ciudad y en el mundo entero, porque en muchos países repercutió mucho la noticia de este nieto. Cuando se le informó que era efectivamente hijo de desaparecidos (Guido había venido con sus dudas a buscar su identidad), y después se le dijo que era mi nieto (yo soy muy

conocida en la televisión y en los medios de comunicación, y él ya me había visto en algunos programas de la televisión, sin saber que era su abuela), enseguida decidió venir a conocerme. Y a partir de ahí, me cambió la vida. Completamente.

¿Qué sentí yo en aquel momento? Que al encontrar a mi nieto, encontraba nuevamente a mi hija Laura; que en él estaba la genética, la sangre de Laura. Tenía sus mismos gustos y sus mismas costumbres, pero se iba a ir dando cuenta de eso luego, de a poco, porque había sido criado por gente del campo, de manera muy solitaria. Pero era músico, y muy buen músico. Extrañamente había querido serlo siendo campesino. Él no sabía de dónde venía esa vocación musical. Y era justamente de su padre biológico y de nuestras familias, donde hay músicos. El encuentro con él fue maravilloso. Lo abracé y le dije: “Te busqué tanto”. Naturalmente, él a mí no me conocía, así que tenía que darle tiempo. Ya me está conociendo cada vez más, desde hace tres años, y lo hemos celebrado. Él vive un poco lejos, pero nos vemos todas las veces que queremos. Tengo la familia completa y eso me da una enorme alegría y fuerzas para seguir buscando a todos los nietos que faltan de las otras abuelas, que aún siguen con los brazos vacíos. Esta es una lucha que tiene un espíritu de vida y que continúa porque sabemos que en algún lugar del mundo están nuestros nietos.

***Es una lucha increíble y es una alegría, como dice usted, tener la familia completa. Hablando del encuentro con su nieto y de la lucha que continúa, desde la perspectiva de los nietos también debe de ser algo muy fuerte, porque ellos han vivido con una identidad diferente por más de treinta años antes de descubrir cuáles son sus verdaderos orígenes. ¿Cuál ha sido el apoyo que las Abuelas y el Gobierno argentino les han brindado a los nietos?***

Nuestros nietos ya tienen cuarenta años de edad y han formado su familia. Son hombres y mujeres adultos que llegan a la restitución de su identidad de dos maneras: una es cuando, voluntariamente, se acercan motivados por sus dudas para saber si son hijos de desaparecidos, y la otra es cuando recibimos información de la comunidad local acerca de dudas y sospechas que tienen, en cuyo caso lo investigamos con nuestros equipos de aproximación e invitamos a ese joven a que venga a saber si es verdad. A veces hay una negativa, porque no quieren saber. Tienen temor y rechazan la idea. Tienen miedo a lo desconocido. Pero como se trata de un delito de lesa humanidad, que es el robo de un bebé durante una dictadura cívico-militar, ya no depende de la voluntad de ese joven, pues es preciso descubrir a la víctima y a los victimarios de ese delito. Es ahí cuando entra la justicia en la búsqueda, y un juez (ya no nosotras) lo cita para explicarle su situación, y le explica que, con un análisis, con una simple gotita de sangre, se pueden esclarecer sus orígenes y si es o no hijo de quienes lo criaron. Lógicamente, esto demora un poco. A veces, cuando ya se sabe que sí es el nieto buscado, hay resistencia a conocer a su familia biológica. Hay que hacer un trabajo lento con psicólogos para ayudar a la persona y a la familia que lo recupera. Son diferentes procesos. Cada caso tiene similitudes y diferencias. Nosotros en eso ya tenemos mucha experiencia y sabemos cómo proceder para no causar absolutamente ningún daño.

En cuanto al Estado, durante la dictadura, corríamos el riesgo de que nos hicieran desaparecer por molestas, porque estábamos justamente horadando esa piedra cerrada de la impunidad y de lo clandestino, que fue el secuestro de 30.000 personas y alrededor de 500 nietos. Cuando recuperamos la democracia, el diálogo con los gobiernos constitucionales fue permanente. A cada presidente que asumía el poder, le pedíamos reunirnos para conversar sobre el tema. Solicitábamos colaboración del Estado que, dentro del estado de derecho, tenía la obligación de resolver lo que un Estado terrorista había hecho. Por lo tanto, fuimos escuchadas y respetadas. A veces pasaron cosas que nos desagradaron, como la ley de impunidad en el primer gobierno constitucional, y la ley del indulto en el segundo, pues teníamos que convivir en la calle con los asesinos y los torturadores como si nada hubiese pasado. El perdón era inaguantable, insoportable. Luego, los gobiernos sucesivos estuvieron abiertos al diálogo, y se crearon espacios nuevos para sensibilizar a la sociedad sobre cómo la dictadura nos afectó a todos. Se llegó a comprender que a esos chicos había que darles el derecho a vivir con sus familias biológicas, con quienes habían querido tenerlos.

***Como Abuelas, ustedes han sido las pioneras en impulsar el desarrollo de herramientas genéticas para encontrar a personas desaparecidas. ¿Cómo surgió para ustedes y para la comunidad en general ese entendimiento de estas nuevas herramientas? ¿Qué papel ha tenido usted en el desarrollo de estos métodos de estudio e identificación de material genético?***

Primero quiero aclarar que cuando, al principio, las abuelas nos juntamos de a poco para buscar a nuestros nietos y a nuestros hijos, en 1977 o 1978 (a medida que iban desapareciendo), éramos personas totalmente inexpertas. Yo era docente (directora de una escuela), otra era también profesora, otra era empleada, otra era ama de casa, otra no había terminado la escuela primaria... ¡Éramos tan distintas! Sin embargo, fuimos inventando y abriendo caminos para ver qué teníamos que hacer y cómo podíamos obtener respuestas y recuperar a nuestros seres queridos.

Un día, en un periódico de acá de mi ciudad, de la ciudad de La Plata, salió un aviso que decía que, con una muestra de sangre de un papá que no quería reconocer su paternidad, se comprobó que su presunto hijo era efectivamente suyo. Esa palabra, “sangre”, nos llevó a pensar: “¿Podríamos nosotros usar *nuestra* sangre para identificar a los nietos?”. Porque la sangre de los padres no se podía usar porque estaban desaparecidos. Y entonces empezamos a caminar por el mundo. Fuimos a España, a Italia, a Francia y hasta a Suecia para preguntar a los científicos de allí si esto era posible, pero la respuesta en estos lugares siempre fue negativa. Hasta que, en 1982, fuimos a Estados Unidos, y allí nos contactamos con una institución llamada *American Association for the Advancement of Science*, que nos dio esperanza. En 1983, nos invitaron a un congreso internacional muy importante, en el que había científicos de todo el mundo, especialistas en el campo de la genética y de la antropología forense. En ese congreso, nos dieron a las abuelas la respuesta que buscábamos: mediante estudios de histocompatibilidad, la sangre de la familia paterna y de la familia materna sí podía utilizarse para determinar lazos sanguíneos.

Felizmente, para 1984, ya se había recuperado la democracia en Argentina. Fue entonces que, con el apoyo del Gobierno, invitamos a nuestro país a un grupo de expertos que luego fundó el Banco Nacional de Bancos Genéticos, en un hospital que tenía un laboratorio genético perfectamente equipado para este tema. Allí se realizó una prueba hipotética con una nieta y su abuela (una nieta que nunca había desaparecido), y los resultados fueron excelentes. Nos lo reconocieron y agradecieron, y nos dijeron que, a raíz de nuestro esfuerzo, se logró un avance en el campo científico de la comparación genética.

Mi rol fue el de ser activa, persistente, de viajar por el mundo para hablar de estos temas, de observar el trabajo en los laboratorios. Una querida amiga, Mary-Claire King, que vive en Seattle, nos demostró su forma de obtener los datos. Hemos viajado por muchísimos lugares donde antes era difícil transportar sangre de un país a otro. La sangre tenía que llegar pronto porque, de lo contrario, no servía. Hoy, tan solo una gotita en un cartoncito puede transportarse perfectamente desde un país de Europa hasta Argentina y puede servir para identificar a algún nieto que viva en el exterior. Nuestra tarea es seguir dándole visibilidad al tema, a este proyecto, y hacer todo lo posible para que el secuestro de personas nunca más vuelva a ocurrir, ni aquí ni en otros países. No queremos que esto vuelva a suceder, no solo en Latinoamérica, sino en ningún otro lugar del mundo. Hemos tenido contacto directo con personas en Sri Lanka, Turquía, Grecia e Italia, y hemos visitado muchos lugares donde existe este tema y se necesita una solución. En España, por ejemplo, después de cuarenta años, aún tratan de encontrar a aquellos niños que ahora son personas muy mayores. Ojalá los encuentren. Actualmente, aconsejamos y ayudamos a los nietos de las víctimas del franquismo en España que quieren recuperar los restos de sus abuelos. Estamos devolviendo la solidaridad tan hermosa que recibimos del mundo entero.

***Ustedes también han hecho mucho en lo que respecta a la redacción de leyes relacionadas con el derecho a la identidad. ¿Nos podría explicar qué implica el derecho a la identidad y cómo han logrado que este derecho se encuentre protegido en Argentina y a nivel internacional?***

Nosotros tenemos tres pilares fundamentales en nuestra lucha, que hemos consolidado como algo novedoso, porque empezamos desde cero. En primer lugar, está el aspecto psicológico. No había psicólogos ni textos que dijeran cómo atender o asistir a una persona (independientemente de su edad, sea adulto o niño) que recuperaba su identidad, después de vivir tantos años con una identidad falsa. Es preciso saber cómo atenderla psicológicamente para no dañarla, para que no sufra, para que se recupere y para que sea una persona que pueda vivir en libertad. Ese es uno de nuestros soportes.

El otro es el aspecto jurídico. Los abogados de nuestra institución han realizado un trabajo espléndido en estos cuarenta años y han conseguido resoluciones favorables de parte de la justicia, con un empeño increíble en hacer razonar a los jueces que no entendían –o no querían entender– que estábamos hablando de un delito gravísimo. Algunos jueces incluso comparaban el encuentro

de los nietos con un divorcio, y creían que el asesino y el ladrón tenían derecho a visitas, a ver a esa persona que habían criado falsamente. Tuvimos que luchar para convencerlos de que no se trataba de un divorcio, sino de un delito, y que esas personas eran criminales que debían ir a la cárcel. Y lo conseguimos. Por último, tenemos la genética, que, como ya expliqué, es otro de nuestros bastiones.

En cuanto al derecho a la identidad, nosotros queríamos plasmar lo mejor posible este concepto que teníamos del derecho humano a vivir con la familia que lo trajo al mundo en un acto de amor, en un hogar donde cada mamá quiere criar a su hijo, verlo crecer, verlo feliz y darle lo mejor. En primer lugar, trabajamos con el gobierno constitucional, que contaba con expertos en el tema de la Convención sobre los Derechos del Niño, para introducir tres artículos en la legislación argentina (que las abuelas delineamos sobre la base de los artículos 7, 8 y 11 de la Convención) que tratan sobre el derecho de todo niño a vivir con sus padres, en lo posible, en su país de origen, y, si fuera trasladado ilícitamente a otro país, deberá ser restituido con acuerdos bilaterales entre ambos países. Además, todo este afianzamiento del derecho a la identidad ya forma parte de nuestra Constitución, es decir, que el Gobierno debe respetarlo dado que la Constitución ha aceptado la Convención.

Por otra parte, hemos escrito mucha bibliografía sobre este derecho desde el punto de vista psicológico. Hemos probado que, en aquella época, hubo incluso matrimonios que adoptaron de buena fe y que nunca le dijeron a su hijo que no eran sus padres biológicos, que le ocultaron la verdad. Ahora eso ya no ocurre porque esos chicos comienzan a tener dudas cuando ven ciertas diferencias entre ellos y sus padres adoptivos. Dicen los psicólogos que se crea una pared entre quienes dicen ser sus padres y el hijo que no es suyo. Hay que hablar con la verdad absoluta para que los chicos, aun cuando hayan sido adoptados de buena fe, se críen sanamente. A raíz de esta situación, nuestros nietos crecieron con muchas dudas e incógnitas: la falta de similitudes, los gustos diferentes, las actitudes, los castigos, el maltrato o esto de tenerlos encerrados, de llevarlos y traerlos sin que tuvieran contacto social con nadie. Eran prisioneros.

Estos chicos desarrollaban interiormente dudas tan grandes que vinieron a la institución de las Abuelas para resolverlas, y resultaron ser algunos de los nietos buscados por nosotras. O sea que el derecho a la identidad es un derecho ancestral, no es de ahora. Dicen que, dentro de las tribus, cuando se robaban a los niños, se arrastraba por varias generaciones esa duda del origen de la familia. Eso está escrito. Yo no soy experta en la materia, pero los psicólogos y otros especialistas han escrito mucho sobre esta situación del derecho a la identidad. Nosotros lo abordamos desde el punto de vista de querer recuperar al hijo de nuestras hijas. Es un compromiso que tenemos con ellos. Cuando asesinaron a Laura, a mi hija, en su tumba le aseguré que, mientras yo viviera, iba a buscar justicia por todo lo que habían pasado ella y sus compañeros, y que también iba a buscar a su hijito. Y eso, felizmente, lo pude cumplir. Es ya un compromiso con el derecho a la identidad de esos hijos, el derecho a que sepan que hay amor en una familia que los buscó.



***¿Han colaborado con otros grupos fuera de Argentina en distintos contextos?***

Sí, por supuesto. En 1981, viajamos a Caracas, Venezuela, para reunirnos con representantes de todos los grupos de familiares de Latinoamérica que buscaban a sus seres queridos secuestrados durante las diferentes dictaduras. También nos reunimos con una organización llamada Federación Latinoamericana de Familias de Detenidos y Desaparecidos (FEDESAM). Desde entonces, estuvimos y seguimos estando en contacto con todos los países que luchan por resolver esta cuestión. Junto con FEDESAM, que tiene carácter consultivo ante las Naciones Unidas, presentamos esta nueva convención para proteger a las personas contra las desapariciones forzadas. Argentina y Francia fueron los primeros países en firmarla y, hace unos años, entró en vigor como la Convención Internacional para la Protección de Todas las Personas contra las Desapariciones Forzadas. Esta Convención tiene su origen en la FEDESAM y en todos los que la creamos. Personalmente, he viajado, por ejemplo, a Colombia, Guatemala, El Salvador, Perú, Brasil y a muchos países que han buscado y que aún buscan a familiares desaparecidos.

En Chile y el Cono Sur, debido al plan Cóndor, estamos siempre en contacto y seguimos viéndonos para seguir buscando respuestas. Porque, en algunos países, la desaparición forzosa de personas aún ocurre. Acá en Argentina, ustedes lo vieron en las noticias, hay un joven desaparecido, y el hecho está caracterizado como desaparición forzada. Lo mismo ocurre en México, en Colombia y en muchos otros países, donde siguen apareciendo estas tristes noticias sobre personas desaparecidas. Hace poco, desaparecieron cuarenta y tres estudiantes en México. Yo estaba en Guadalajara y tuve la oportunidad de reunirme con los familiares para aconsejarles sobre cómo tener la paciencia y la paz para iniciar el reclamo. Queremos compartir la solidaridad que hemos recibido con el resto de Latinoamérica y también con los países de Asia y de Europa, por ejemplo, que están atravesando este tipo de situación. Tratamos de ayudar cada vez que nos cuentan sus casos y nos solicitan experiencia. Hay matices, por supuesto. No podemos hacer lo mismo en todas las circunstancias, pero lo importante es poder darles ánimo, para que no se queden con el dolor y nada más. Podemos ayudarlos a buscar respuestas en una lucha sana y pacífica, pero con reclamo. Estas personas tienen el derecho a reclamar por ese familiar que no volvió.

***En 2017, se conmemora el cuadragésimo aniversario de la fundación de “Abuelas de Plaza de Mayo”. ¿Cuáles son las lecciones aprendidas? ¿Qué les depara el futuro a las Abuelas?***

“Abuelas de Plaza de Mayo” es una asociación que nació en 1977 por decisión de un grupo de mujeres que se propusieron iniciar la búsqueda de sus hijos y nietos secuestrados por la dictadura cívico-militar que usurpó el poder político el 24 de marzo de 1976. Hace cuarenta años que realizamos esta dolorosa tarea, y hemos aprendido a no perder la voluntad ni la determinación. Aprendimos que cada mujer tiene un caudal inagotable de valor para reclamar, inventar caminos, aprovechar oportunidades e idear estrategias.



Ya quedamos pocas abuelas. Es la ley de la vida, la edad marca límites. Por eso hemos incorporado en nuestra comisión directiva a nietos recuperados y a jóvenes que buscan a sus hermanos generacionales. De esta manera, ya tenemos el pleno relevo para seguir buscando en el futuro a los más de trescientos nietos que aún falta encontrar.